

ISTITUTO PIA SOCIETÀ
FIGLIE DI S. PAOLO
CASA GENERALIZIA
Via S. Giovanni Eudes, 25
00163 Roma
Tel. 06.661 3039 - Fax 06.661 57 208



Queridas hermanas:

En la vigilia de la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, a las 22, en Casa madre, de Alba, el Señor llamó a la profesión eterna a nuestra hermana

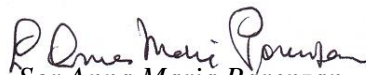
BERRUTI MARIA Sor MARIA URBANA
Nacida en Montabone (Asti) el 23 de febrero de 1915

Podemos decir que pasó a la otra orilla rica de días y de méritos. Entró en la Congregación en la casa de Alba, el 23 de enero de 1936: eran los años heroicos del inicio cuando la novedad carismática de las Hijas de San Pablo, florecía con la apertura de casas y propaganda a domicilio. Después de pocos meses de formación, M. Urbana fue mandada a Trieste para la difusión en las familias. Con la *Gracia de la vocación*, supo enfrentar una misión no fácil. Las crónicas narran las dificultades de la “propaganda” en una ciudad de diversas culturas y religiones: «A menudo ocurría que en un edificio de 4-5 pisos solo una puerta se abría para recibirnos, las otras se abrían, pero se cerraban inmediatamente. Nosotras dejábamos lo mismo el boletín y seguíamos nuestro camino rezando el rosario juntas o solas. Decíamos muchas jaculatorias y nos ayudábamos a repensar la meditación y a hacer el examen de conciencia».

En 1938, Sor M. Urbana inició en Roma el noviciado, que concluyó con la primera profesión el 10 de febrero de 1939. Después de una breve permanencia en Florencia, fue cambiada a Grosseto, la ciudad donde vivió durante más de veinte años, las más diversas experiencias como propagandista, superiora local y librerista. Con las hermanas pasó el difícil período bélico cuando tuvieron que dejar Grosseto y refugiarse en Arcidosso, pueblo en las faldas del monte Amiata. Pero ni siquiera en Arcidosso huyeron de las bombas; una tarde, mientras la comunidad hacía el retiro, llegaron los aviones de combate y desgancharon las bombas sin ninguna señal de alarma. Las hermanas a esa hora deberían encontrarse en la iglesia para la bendición eucarística, pero la Providencia dispuso que se retardasen algunos minutos y esto fue providencial. Después del bombardeo de Arcidosso, Sor M. Urbana y las otras hermanas huyeron a un bosque donde durante muchas noches se dedicaron a asistir a los heridos distendidos en el suelo sobre unas pocas pajas. El alimento era un problema, pero nos contentábamos con lo poco que se podía encontrar en alguna granja. La zona más pobre de Arcidosso fue destruida por un racimo de bombas y la comunidad encontró refugio en el santuario de la Virgen de las Gracias. Desde aquel lugar, Sor M. Urbana, en compañía de alguna otra hermana, iba cada tanto a Grosseto a buscar libros para poder continuar la propaganda en aquella difícil situación. Nada podía detener el celo de aquellas jóvenes apóstoles.

En 1960, Sor M. Urbana fue llamada al servicio de superiora en Nuoro y luego a Sassari, Belluno y nuevamente en Grosseto. En 1971, por un tiempo prestó ayuda en la casa de Rimini y después de un brevísimo período transcurrido en Albano, se integró en la comunidad de Verona y seguidamente en la de Boloña-San Rufillo, para prestar ayuda en los servicios comunitarios. En 1975, de nuevo superiora en Nuoro y luego ecónoma de la comunidad de Cagliari.

Desde 1988 se encontraba en Alba, donde vivió hasta la muerte irradiando serenidad, paz, bondad y una gran dulzura. Primero colaboró en el apostolado técnico, en la encuadernación y después se dedicó totalmente a la confección de rosarios. Ciertamente, no se pueden contar las *avemarías* elevadas al cielo y los rosarios anudados con tanto amor. Su vida fue, hasta el final, una continua oración y una ofrenda humilde, silenciosa y amorosa. El último llamado llegó casi de improviso después de una isquemia que la obligó a estar en cama sólo por algunos días. A la bella edad de noventa y ocho años, Sor M. Urbana puede realmente exclamar con el apóstol Pablo: «He combatido la buena batalla, he terminado la carrera he conservado la fe. Ahora me queda solamente la corona de justicia que el Señor me dará aquel día». Mientras confiamos a esta querida hermana en los brazos del Padre, le pedimos que siga su larga oración de intercesión por las necesidades de la Iglesia y del mundo, por nuestras hermanas que justo en estos días inician, con esperanza y entusiasmo, el camino en la vida paulina. Con afecto.


Sor Anna Maria Parenzan
Vicaria general

Roma, 28 de junio de 2013.